

## ACTO IV.

### ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública delante del castillo.

*Salen OTELO y YAGO.*

YAGO. ¿Y qué os parece?

OT. ¿Parecerme, Yago?...

YAGO. ¿Darse en secreto un beso?

OT. Un beso ilícito.

YAGO. ¿Ó estarse un' hora ó más desnuda en cama  
Con el amante, sin malicia alguna?

OT. ¿Desnuda en cama y sin malicia, Yago?

Fuera engañar hipócrita al demonio:

Los que tal hacen sin maligno intento,

Dejan que tiente su virtud el diablo,

Y tientan ellos el poder divino.

YAGO. Venial fuera el desliz, si nada hiciesen.

En cambio, si á mi esposa dí un pañuelo...

OT. ¿Y qué?

YAGO. Señor, es suyo, y siendo suyo,

Pienso que puede dárselo á cualquiera.

OT. Tambien es dueña de su honor, por eso

¿Lo puede regalar?

YAGO. Su honor, mi jefe,

Es invisible esencia; en muchos casos

Lo gasta aquella que jamás lo tuvo.

Pero el pañuelo...

OT. ¡Vive Dios! ¡dichoso  
En olvidarlo fuera! Me dijiste...  
(Me viene á la memoria cual se cierna  
El negro grajo sobre infecta casa,  
Y á todos ruina augura)—Me dijiste  
Que él tuvo su pañuelo.

YAGO. ¿Y qué hay con eso?

OT. Por cierto nada bueno.

YAGO. ¿Y si os dijera  
Que fui testigo ya de vuestro ultraje,  
O que le oí decir—pues hay bellacos  
Que, habiendo al fin logrado de una dama  
Algun favor con importunos ruegos,  
Ó con mostrarse asaz pagados de ella,  
Hasta charlarlo todo no descansan.—

OT. ¿Ha dicho él algo acaso?

YAGO. Sí, mi jefe.  
Estad tranquilo empero: nada dijo  
Que no desmentirá.

OT. ¿Qué dijo, Yago?

YAGO. Dijo que estuvo... No sé como dijo.

OT. ¿Qué? ¿Qué?

YAGO. Yació...

OT. ¿Con ella?

YAGO. Sí, con ella;

Con ella ó encima de ella, como os plazca.

OT. ¡Yacer con ella! ¡encima de ella! Yago eso es  
asqueroso. Pañuelo... confesiones... ¡pañuelo!...  
Confesar y ser ahorcado luego. No: ahorcarle  
primero y que confiese luego... Tiemblo sólo al  
pensarlo. Naturaleza no se revestiría de tan  
tétrica pasión, si no hubiese en esto algun pre-  
sagio. No son vanas sombras las que me estre-  
mecen de tal modo. ¡Bah! Narices, orejas,  
labios... ¿Será posible? ¡Confesion!... ¡pañuelo!  
¡oh diablo!... (Cae en un paroxismo.)

YAGO. ¡Obra, ponzoña mía, sigue obrando!



Es dar á Satanás placer extraño,  
 Acariciar en tálamo seguro  
 A la consorte infiel, y creerla honesta.  
 Saberlo quiero; pues si nada ignoro,  
 También sabré vengarme del ultraje,  
 Ot. Discurre bien; es cierto.

YAGO. Breve rato  
 Quedaos aquí en acecho; y con paciencia  
 Prestad atento oído. Mientras ruda  
 Os embargaba la tristeza el alma,  
 (Pasión indigna de hombre semejante)  
 Entró aquí Casio. Supe despedirle,  
 Y disculpar astuto vuestro arrobo.  
 Le dije que volviera á hablar conmigo  
 Luego; y lo prometió. Puesto en acecho,  
 Notad sus gestos, y el desden y escarnio  
 Pintado en cada rasgo de su cara;  
 Pues yo le haré contar de nuevo el caso  
 De dónde, cómo, há cuanto y cuántas veces  
 Gozó y ha de gozar á vuestra esposa.  
 Notad sus gestos digo; mas, paciencia:  
 Diré sino que sois todo ira y rabia  
 Y no hombre varonil.

Ot. ¡Me escuchas, Yago?  
 Taimado haré papel de pacienzudo;  
 Mas luego—¿lo oyes?—de asesino.

YAGO. Bueno;  
 Mas á debido tiempo. Retiraos. (Se esconde Otelo.)  
 Preguntaré por Blanca á Casio ahora:  
 Una infeliz que vende sus favores  
 A precio de alimento y vestidura;  
 Y adora á Casio. Tal es el castigo  
 De la ramera: engatusar á muchos  
 Y ser por uno engatusada luego.  
 Siempre que le hablan de ella, le es forzoso  
 Reirse á carcajadas. Ya se acerca.

*Sale CASIO.*

- Como él se ría va á rabiarse Otelo.  
 Sus torpes celos le harán ver la risa,  
 La ligereza y gestos del buen Casio  
 En luz errónea.—¿Cómo estais, teniente?
- CAS. Peor desde que te oigo saludarme  
 Con ese tratamiento, cuya falta  
 Me mata, á fe.
- YAGO. Rogadla con ahinco,  
 Y os salvará Desdémona. (En voz baja.) Si el logro  
 De esta merced de Blanca dependiera,  
 No en balde suspirárais.
- CAS. ¡Pobrecilla!
- OT. (Aparte.) ¡Ved, cual se ríe!
- YAGO. Os ama locamente.
- CAS. ¡Ay! ¡la infeliz! A fe que me ama creo.
- OT. (Aparte.) Finge negarlo, y se sonríe ahora.
- YAGO. Casio, escuchad —
- OT. (Aparte.) Ahora le importuna  
 Porque lo cuente todo. ¡Bien! ¡bien dicho!
- YAGO. ¿Pues no asegura que os casais con ella?  
 ¿Es tal vuestra intencion?
- CAS. ¡Já, já! ¡Bobada!
- OT. (Aparte.) ¡Triunfas, romano, triunfas?
- CAS. ¡Casarme yo con ella! ¿Qué? ¿con una corrida?  
 Hombre, por Dios; no me hagas tan poco favor:  
 no me juzgues tan demente. ¡Já, já, já!
- OT. (Aparte.) ¡Hola, hola! El ganancioso es quien  
 se ríe.
- YAGO. A fe que corre la voz que os vais á casar  
 con ella.
- CAS. Vamos: dime la verdad.
- YAGO. Que me emplumen si no.
- OT. (Aparte.) ¿Conque me la has jugado? Bien.
- CAS. ¡La necia! Es ella misma la que esparce esa  
 voz: está persuadida de que me caso con ella;

pero es por su propia vanidad y locura, no porque yo le haya dado palabra.

OT. (Aparte.) Yago me hace señas. Ahora empezará á contar la historia.

CAS. Há poco estuvo aquí; me persigue por todas partes. Hallábame en la playa el otro día, hablando con unos venecianos, cuando de improviso se presenta la mozuela; y por esta mano te juro que se me echó al cuello de esta suerte...

OT. (Aparte.) Gritando: «¡Oh querido Casio!» ó cosa parecida; su gesto lo indica.

CAS. Y me abraza, y me soba, y se echa á llorar, y me arrastra, y me empuja. ¡Já, já, já!

OT. (Aparte.) Ahora le cuenta cómo se lo llevó á mi alcoba.—Veo esas narices insolentes, pero no el perro al que se las he de arrojar.

CAS. Es menester que la deje.

YAGO. ¡Por vida mía! Miradla donde viene.

CAS. ¡Valiente raposa, y qué perfumada!

*Sale* BLANCA.

¿A qué viene esta persecucion continua?

BLAN. ¡Que te persigan el diablo y su comadrel  
¿A qué vino el darme este pañuelo, há poco?  
Valiente boba fui yo en tomarlo. ¿Quieres que te copie yo la labor? ¿Os parece? ¿Encontrarlo en su cuarto y no saber quién lo dejó allí? Será un recuerdo de alguna querida, y ¿quieres que yo te copie la labor? Toma, dáselo á ella: venga de donde viniere, yo no he de copiar ningun dibujo de él.

CAS. Pero, Blanca mia, ¿qué es esto? Calla, mujer, calla.

OT. (Aparte.) ¡Viven los cielos! ¿No es ese mi pañuelo?

BLAN. Si quieres cenar conmigo esta noche, vente ahora; si no, vente cuando te diere gana. (Váse.)

YAGO. Seguidla, seguidla.

CAS. Es fuerza; de otra suerte alborotará la calle.

YAGO. ¿Cenareis con ella?

CAS. Me parece que sí.

YAGO. Quizá os vaya á ver allí; pues he menester hablaros.

CAS. Vente, pues, á cenar. ¿Vendrás?

YAGO. Bueno; iré. (Váse Casio.)

OT. (Se adelanta) ¿Qué muerte le daré, Yago?

YAGO. Notasteis cómo se rió de su delito.

OT. ¡Ay, Yago!

YAGO. ¿Y visteis el pañuelo?

OT. ¿Era el mio?

YAGO. El vuestro, por esta mano. Y ved cómo aprecia á la mentecata de vuestra mujer. Ella se lo regaló, y él se lo dá á su manceba.

OT. Quisiera estarla matando por espacio de nueve años.—¿Qué hermosa mujer! ¿Qué bella mujer! ¿Qué deliciosa mujer!

YAGO. Es menester olvidar eso.

OT. Sí, que se pudra, que perezca y vaya al infierno esta noche; no vivirá, no; mi corazon es de piedra; lo pego, y me hiere la mano. ¡Oh; no hay en el mundo más bella criatura! Es digna de yacer al lado de un emperador y de mandarle como á esclavo.

YAGO. No conviene pensar en eso.

OT. ¡Maldita sea! Sólo digo lo que es. ¿Qué manos para la labor! ¿Qué diestra en la música! Es capaz de amansar á un oso con su canto. ¿Qué gracia tan chispeante, qué talento tan claro!...

YAGO. Y por lo mismo, es peor.

OT. ¡Ay, sí! ¡mil y mil veces peor! Y luego es de condicion tan mansa.

YAGO. Demasiado.

OT. Eso sí que es verdad. Y sin embargo, Yago, ¡qué lástima! ¡oh Yago! ¡qué lástima! ¡qué lástima, Yago!

YAGO. Si estais tan prendado de su perfidia, dadla carta franca para pecar; pues si á vos no os molesta, á nadie le importa un comino.

OT. La he de hacer trizas. ¡Ponerme cuernos á mí!

YAGO. ¡Oh, pérfida mujer!

OT. ¡Y con mi teniente!

YAGO. Peor todavía.

OT. Procurame un veneno, Yago. Esta noche. No la pediré explicaciones por temor de que me desarme con su belleza y sus hechizos. Esta noche, Yago.

YAGO. No la enveneneis. Estranguladla en su lecho, en ese mismo lecho que ha contaminado.

OT. Bien, bien; que me place esa justicia. Bien, muy bien.

YAGO. Y en cuanto á Casio, corre de mi cuenta. A media noche sabreis algo más.

OT. ¡Magnífico! (Se oye una trompa.)

¿Qué trompa es la que se oye?

YAGO. Sin duda, una embajada de Venecia.

Es Ludovico; el dux es quien le envia;

Y vuestra esposa le acompaña; vedlos.

*Salen LUDOVICO, DESDÉMONA y acompañamiento.*

LUD. Mi digno general.

OT. Muy bien venido.

LUD. El dux y senadores de Venecia

Salud os mandan. (Le entrega una carta.)

OT. Beso el documento

De su mandato intérprete. (Abrelo y lee.)

DES. ¿Qué nuevas

Traes de Venecia, primo Ludovico?

YAGO. Me alegra mucho el veros, caballero;

Muy bien venido á Chipre.

LUD. Os doy las gracias.

¿Qué hace el teniente Casio?

YAGO. Vive, hidalgo.

DES. Primo, ha surgido entre él y mi consorte  
Fatal discordia; pero tú, sin duda,  
Lo compondrás.

OT. ¿Estás segura de eso?

DES. ¿Decís, mi dueño?

OT. (Leyendo.) «Cúmplase sin falta,  
Pues de otra suerte...»

LUD. No os llamó: ocupado  
En el escrito está. ¿Pero hay discordia  
Entre él y Casio?

DES. Sí; fatal reyerta.  
No sé qué diera á fin de conciliarlos;  
Pues amo á Casio.

OT. ¡Fuego, pez y azufre!

DES. ¿Mi dueño?

OT. ¿Estás en tí?

DES. ¿Qué? ¿Está enojado?

LUD. Tal vez la carta le haya conmovido;  
Pues creo que le llaman á Venecia,  
Quedando Miguel Casio en su gobierno.

DES. Me alegro, á fe.

OT. ¿De veras?

DES. ¿Dueño mio?

OT. Me alegra el verte loca.

DES. ¿Cómo, amado?

OT. ¡Quita, demonio! (La pega.)

DES. ¿He merecido yo esto?

LUD. Señor, nadie en Venecia lo creeria,  
Aun cuando lo jurara. Es demasiado.  
¿No veis cual llora? Consoladla.

OT. ¡Oh sierpe!

Pudiera fecundar la tierra el llanto  
Falaz de la mujer, de cada gota  
Que al suelo cae brotara un cocodrilo.  
¡Sal de mi vista! ¡Aparta!

DES. Apartaréme

Por no ofenderos.

LUD. ¿Qué sumisa y blandat!

Llamadla; os ruego, general.

OT. ¡Señora!

DES. ¿Mi dueño?

OT. ¿De ella qué quereis, hidalgo?

LUD. ¿Quién? ¿yo, señor?

OT. Sí, vos. ¿No me pedisteis

que la llamara? Oh, sí; dará mil vueltas,

Y seguirá adelante; y vuelta, y vuelta.

Sabe llorar tambien, llorar, hidalgo;

Y es obediente, cual decís, sumisa,

Oh, muy sumisa.—Sigue con tu lloro.—

En esta carta—¡Oh fingimiento astuto!—

Recibo la orden de volver.—¡Tú vete!

Luego te llamaré.—Yo la obedezco:

Regresaré á Venecia.—¡Vete, aparta!—

(Váse Desdémona.)

Casio tendrá mi puesto. Yo esta noche

Os convidó á cenar. Muy bien llegado

Á Chipre, hidalgo.—(Aparte.) ¡Monos y cabrones!

(Váse.)

LUD. ¿Es este el noble moro á quien estima

Nuestro Senado en tanto? ¿Es este el alma

En quien nunca hacen mella las pasiones?

¿Cuya cabal virtud invulnerable

Es á los dardos del aleve acaso

Como á los tiros de la adversa suerte?

YAGO. Ya no parece el mismo.

LUD. ¿Está en su acuerdo?

¿No tiene acaso trastornado el juicio?

YAGO. Es tal como es. En mí no fuera justo

Deciros lo que pienso. ¡A Dios pluguiere

Que fuera lo que ha sido y ser podría!

LUD. ¿Cómo! ¿Pegar á su mujer?

YAGO. Por cierto

Que estuvo mal; pero ¡ojalá supiera

Que habia de ser el último ese golpe!

LUD. ¿Lo tiene por costumbre, ó fué la carta

La que produjo en él tal demasia?

YAGO. ¡Lástima grande! En mí no fuera honrado  
 El revelaros lo que sé y he visto;  
 Le observareis vos mismo, y sus acciones  
 Daránle á conocer de tal manera  
 Que no habreis menester que nada os diga.  
 Seguidle, y observad en lo que pára.  
 LUD. ¡Cuán otro le juzgaba! A fe, lo siento. (Vánse.)

## ESCENA II.

Una sala del castillo.

*Salen OTELO y EMILIA.*

OT. ¿No viste nada, pues?

EMI. Ni he oído nunca,  
 Ni he sospechado semejante cosa.

OT. Sí tal: has visto á Casio y á ella juntos.

EMI. Mas no ví nada malo, y cada frase  
 Que pronunciaron la escuchó mi oído.

OT. ¿Jamás hablaron bajo?

EMI. Nunca, mi amo.

OT. ¿Y no te despidieron nunca?

EMI. Nunca.

OT. ¿En busca de sus guantes, su abanico,  
 De su antifaz, ó de otra cosa?

EMI. Nunca.

OT. Extraño es eso.

EMI. El alma apostaría  
 Que es fiel y honrada. Si contraria idea  
 Teneis formada de ella, desechadla;  
 Deshonra á vuestra mente. Si un bellaco  
 Os infundió tal duda, sobre él lance  
 La maldicion de la serpiente el cielo;  
 Pues si ella no es honrada, fiel y casta,  
 No hay hombre venturoso, y la más pura  
 De las consortes torpe es cual la infamia.

OT. Dile que venga acá. Despacha; vete. (Váse Emilia.)

Bastante dice; pero ¿qué alcahueta  
Lo propio no dijera? Es moza astuta;  
Es cual cerrojo ó sigilosa llave  
Que encierra mil secretas villanías.  
Y sin embargo, se arrodilla y reza.  
Sí, yo la he visto en actitud devota.

*Salen* DESDÉMONA *y* EMILIA.

DES. ¿Qué me mandais, mi dueño?

OT. Ven, querida.

DES. ¿Qué me quereis?

OT. Te quiero ver los ojos.

Mírame al rostro.

DES. ¿Qué ocurrencia horrible?...

OT. (A Emilia.) Vete á tu puesto, dueña; deja á solas  
A los amantes, y la puerta cierra.

Si álguien se acerca, tú haznos seña, ó tose.

Mucho sigilo; ¿entiendes? Vé, despacha.

(Váse Emilia.)

DES. De hinojos te lo ruego: di, ¿qué piensas?

No entiendo tu discurso, pero advierto

Que en él habla una furia.

OT. ¿Y tú quién eres?

DES. Tu esposa, dueño mio; tu sincera

Leal consorte.

OT. Júralo y condénate.

No sea que el demonio, al contemplarte

Con forma angelical, asirte tema.

Condénate dos veces; jura, jura

Que eres honrada.

DES. Bien lo sabe el cielo.

OT. Bien sabe que eres falsa como el Orco.

DES. ¿Con quién? Por quién? Mi dueño, cómo falsa?

OT. ¡Oh, Desdémona! aparta! aparta! vete!

DES. ¡Oh día aciago! Dime ¿por qué lloras?

¿Soy yo, mi bien, la causa de ese llanto?

Si por ventura piensas que mi padre

Haya influido porque el puesto pierdas,  
No eches la culpa á mí. Si le perdiste,  
Perdile yo tambien.

Or. Pluguiera al cielo  
Probar con afliccion mi fortaleza;  
Lloviera sobre mi desnuda frente  
Crudas desdichas y baldon sin tasa;  
Hundiérame en miserias hasta el cuello,  
O me tuviera en cautiverio triste  
Perdida para siempre la esperanza,  
Y aún hallaria en un rincon oculto  
Del alma alguna gota de paciencia.  
Mas ¡ay de mí! trocarme en fija imágen  
Para que el vulgo con inmóvil dedo  
Con irrisión y escarnio me señale!  
Y aún eso lo aguantara, mofa y todo.  
Empero allí, do atesoré mi afecto,  
Do he de vivir, ó he de perder la vida,  
La fuente de do brota mi existencia,  
O por jamás se seca su corriente,  
Ser arrojado de ella, ó contemplarla  
En vil pantano convertida, en sucio  
Nido de amores de asquerosos sapos!  
A vista tal, paciencia, el ceño arruga,  
Tú, tierno querubin de labios rojos,  
Y torvo el rostro pon como el infierno.

Des. Espero que me estima fiel y honrada  
Mi noble esposo.

Or. Honrada cual las moscas  
Que en el verano el matadero infestan,  
Y que al nacer fornican... ¡Planta infame,  
Tan bella y tan fragante que el sentido  
En tí se embota, no nacieras nunca!

Des. ¡Pues qué delito cometí inocente?

Or. ¡Papel tan blanco, tan pulido libro  
Se hizo para escribir en él «ramera?»  
¡En qué ofendiste tú? ¡Qué cometiste?  
Vil meretriz, contara yo tus hechos,

En fraguas se trocaren mis mejillas,  
 Reduciendo á cenizas la modestia.  
 ¡Qué cometiste? Al sol asombro causa,  
 Causa á la luna espanto, y el lascivo  
 Viento que besa cuanto al paso encuentra,  
 Por no escucharlo, en los profundos antros  
 Se esconde de la tierra. ¡En qué ofendiste?  
 ¡Oh prostituta vill!

DES. Por Dios, me ultrajas.

OT. ¡Qué? ¡No eres prostituta?

DES. Nó, tan cierto

Como cristiana soy. Si el conservarme

Intacta como vaso destinado

Al labio de mi dueño, pura y libre

De todo torpe é ilícito contacto

Es no ser prostituta, tal no he sido.

OT. ¡No eres ramera?

DES. Nó, así Dios me ayuda.

OT. ¡Posible?

DES. ¡Oh Dios! ¡favor!

OT. Pues, perdonadme:

Os tuve por la astuta cortesana

Que allá en Venecia esposa fué de Otelo.

(Alzando la voz.)

Tú, que frontera de San Pedro guardas

La puerta del infierno...

*Sale EMILIA.*

A tí, te digo:

Ya estamos listos; toma tu dinero;

Cierra el cerrojo, y por favor, no charles.

(Váase Otelo.)

EMI. ¡Qué es lo que se imagina vuestro esposo?

¡Cómo os sentís? ¡qué tal os va, señora?

DES. A fe, soñando estoy.

EMI. Señora mía,

¡Qué tiene mi señor, por Dios, decidme?

DES. ¿Y quién es tu señor?

EMI. El vuestro, el mismo.

DES. No tengo alguno. Emilia, no me hables:

Llorar no puedo, y responder no debo

Sino llorando. Tú esta noche cuelga

La cama con mis sábanas nupciales.

Hazlo; y que venga Yago.

EMI. ¡Qué mudanza! (Vase.)

DES. ¡Justo es que así me trate! ¡sí, muy justo!

¿Faltar alguna vez pude al recato,

Dando motivo á su cruel sospecha?

*Salen EMILIA y YAGO.*

YAGO. ¿Qué me mandais? ¿Cómo os sentís, señora?

DES. Lo ignoro. Aquel que á un niño enseña, lo hace

Con blandos modos y tarea fácil.

Reconvenirme pudo de tal suerte,

Pues como un niño soy, si me regañan.

YAGO. ¿Pues qué pasó, señora?

EMI. ¡Ay, Yago! el amo

Llamóla prostituta, y ultrajóla

De modo tal, en términos tan viles,

Que nunca lo sufriera un alma honrada.

DES. ¿Merezco esa palabra?

YAGO. ¿Cuál, señora?

DES. La que ella dijo que me dió mi esposo.

YAGO. Llamóla prostituta; un pordiosero

En su embriaguez no usara tal lenguaje

Con su manceba.

YAGO. ¿Y qué motivo tuvo...

DES. Yo no lo sé. Mas no soy tal, por cierto.

YAGO. Por Dios, secad el llanto. ¡Oh día aciago!

EMI. ¿Qué? desdeñó partidos ventajosos,

Abandonó á su padre, patria y deudos,

Porque ramera la llamaran? Juro

Que grima da.

DES. Tal es mi triste suerte.

YAGO. Mala ventura le dé Dios por ello.

¿Qué pudo sugerirle tal idea?

DES. Lo sabe el cielo, Yago.

EMI. Que me maten,

Si algun villano ruin, algun bellaco,

O astuto adulador entremetido

No ha urdido esta calumnia con objeto

De conseguir un puesto; que me ahorquen

Si no es así.

YAGO. No hay hombre semejante:

Es imposible. ¡Calla!

DES. Si le hubiere

Perdónele el Señor.

EMI. ¡Que le perdone

El hacha del verdugo, y que el infierno

Sus huesos roa! ¡Llamarla prostituta!

¿Con quién se trata? ¿Dónde, cuándo, ó cómo?

¿Quién viera nunca el más liviano indicio?

Engaña al moro algun villano artero,

Algun bellaco infame, algun tunante.

¡Oh Dios! ¿por qué no arrancas la careta

A esa gentuza vil? ¿Por qué no pones

En cada diestra honrada azote crudo

Para arrear desnuda á esa canalla

A latigazos por el orbe entero,

Desde el oriente hasta el lejano ocaso?

YAGO. Habla más bajo.

EMI. ¡Viles! De esa laya,

Sin duda alguna, el pícaro sería

Que trastornó tu juicio, cuando celos

De mí tuviste, un tiempo con el moro.

YAGO. ¿Estás demente? ¡Calla!

DES. Amigo Yago,

¿Qué haré para ablandar de nuevo á Oteló?

Háblale tú; pues por el sol radiante,

No sé en qué le ofendí.—Yo aquí me postro:

Si alguna vez faltó á su amor mi pecho

En pensamiento, en obra ó de palabra;

Si hallaron mis sentidos ó estos ojos  
 Deleite en otro cuerpo que en el suyo;  
 Si no le quiero, cual le quise siempre,  
 Cual siempre le querré por más que ingrato  
 Me arroje cual mendiga de su seno,  
 Huye de mí, consuelo. Mucho puede  
 El desamor, la falta de cariño;  
 Dureza en él podrá acabar mi vida,  
 Mas no menguar mi amor. Decir no puedo  
 «Adúltera:» me inspira horror profundo  
 Despues de pronunciada la palabra;  
 Y á merecer tal nombre, cometiendo  
 El acto vil, no me indujera el oro,  
 La pompa y vanidad que el mundo encierra.  
 YAGO. Calmaos por Dios. Él es así: temoso.  
 Le enfadan los negocios del Estado,  
 Y os riñe á vos.

DES. ¡Ay! ¡ojalá! Mas temo...

YAGO. Pues no es más que eso, creedme.  
 (Suenan trompas.)

¡Oís las trompas?

Nos llaman al festin. Sin duda aguardan  
 Los nobles mensajeros de Venecia.  
 Entrad, y no lloreis, que para todo  
 Remedio al fin habrá. (Váanse Desdémona y Emilia.)

*Sale* RODRIGO.

¡Qué tal, Rodrigo?

ROD. Se me antoja que no obras lealmente conmigo.

YAGO. ¿En qué lo adviertes?

ROD. No pasa dia en que no me juegues alguna mala partida, Yago; y segun voy viendo, más bien tratas de alejarme del éxito que de infundirme esperanza. ¡Vive Dios! que ya estoy harto; no lo aguanto más! y hasta cierto punto no me siento inclinado á aguantar en silencio lo que he sufrido como un tonto.

YAGO. ¿Quereis escucharme, Rodrigo?

ROD. Harto os he escuchado ya, pues vuestras palabras no corren parejas con vuestras obras.

YAGO. Me culpais injustamente.

ROD. Lo que digo es verdad. He gastado todos mis bienes. Sólo con las joyas que os he dado para regalar á Desdémona, habia casi para seducir á una vestal. Me decís que las ha admitido, y en cambio me dais esperanzas y alicientes de próximo favor y correspondencia; pero no logro ni uno ni otra.

YAGO. Bien; adelante; muy bien.

ROD. ¡Muy bien! ¡Adelante! Pues no sigo adelante; y nada va muy bien, sino todo muy mal; y empiezo á sospechar que estoy haciendo papel de tonto.

YAGO. Muy bien.

ROD. No, sino muy mal, digo yo. Me presentaré en persona á Desdémona; y si quiere devolverme mis joyas, renunciaré á su conquista, y me arrepentiré de mis ilícitas esperanzas; y si no, tened por seguro que exigiré satisfaccion de vos.

YAGO. ¿Era eso todo lo que teniais que decir?

ROD. Sí; y no he dicho nada que no esté resuelto á abonar con mis obras.

YAGO. Vamos, ya veo que tienes esfuerzo y brío; y desde este instante he de tenerte en más estimacion que nunca. Venga esa mano, Rodrigo; tus sospechas, aunque me ofenden, no son infundadas; y sin embargo, protesto que he obrado lealmente en tu asunto.

ROD. Pues en nada lo he conocido.

YAGO. Convengo en que no lo has conocido en nada, y tu recelo no carece de discernimiento y agudeza. Pero, Rodrigo, si hay en tí lo que me imagino, y lo creo ahora más que nunca, quiero decir, arrojo, denuedo y valor, manifiéstalo esta noche; si á la siguiente no gozas á Desdémona,

despáchame á traicion, y tiende lazos contra mi vida.

ROD. Bien: ¿Qué es ello? ¿Es cosa hacedera y razonable?

YAGO. Amigo, ha llegado orden especial de Venecia, mandando que ocupe Casio el puesto de Otelo.

ROD. ¿Es cierto? Pues entónces Otelo y Desdémona se volverán á Venecia.

YAGO. Nada de eso; él se va á tierra de moros, y lleva consigo á la hermosa Desdémona, á no ser que algun acontecimiento imprevisto le obligase á prolongar su estancia aquí; para lo cual no hay medio más seguro que el de quitar á Casio de en medio.

ROD. ¿Qué quereis decir con quitarle de en medio?

YAGO. ¿Qué quiero decir? Pues inutilizarle para el empleo de Otelo, saltándole la tapa de los sesos.

ROD. ¿Y quereis que haga yo eso?

YAGO. Ciertamente si es que os atreveis á procuraros una ventaja y á haceros justicia. Cenará esta noche en casa de una mujer pública; y allí irá yo á verle; aún no sabe nada de su honorífico ascenso. Si quereis acecharle á la salida, y yo lo arreglaré de modo que eso se verifique entre las doce y la una, podreis acometerle á mansalva: yo estaré cerca á fin de secundar el ataque, y caerá muerto entre los dos. Venid; no os quedeis ahí lleno de asombro, sino seguidme. Yo os haré ver tan claro la necesidad de matarle, que no podreis ménos de juzgaros precisado á quitarle la vida. Ya llegó la hora de la cena, y la noche avanza. Manos á la obra.

ROD. He menester que me deis alguna razon más para eso.

YAGO. La tendreis cumplida. (Vánse.)

## ESCENA III.

Otra sala del castillo.

*Salen OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA  
y acompañamiento.*

LUD. No os molesteis ya más, señor, os ruego.

OT. No; permitid; el pasear me prueba.

LUD. Señora, adios: os doy humildes gracias.

DES. El bien venido sois.

OT. ¿Hidalgo, vamos?

¡Oh Desdémona!...

DES. ¿Mi dueño?

OT. Vete al instante al lecho; volveré al punto;  
despide á tu doncella. Haz lo que te mando.

DES. Así lo haré, mi dueño.

(Vánse Oteló, Ludovico y acompañamiento.)

EMI. ¿Cómo vamos?

Al parecer está más blando ahora.

DES. Dijo que sin tardanza volveria:

Mandóme luego que me fuera al lecho,

Y que te despidiera.

EMI. ¿Despedirme?

DES. Él lo mandó, por tanto, Emilia mia,

Dame mi ropa de dormir, y vete.

Es menester no contrariarle ahora.

EMI. Quisiera que jamás le hubierais visto.

DES. Tal no quisiera yo: le quiero tanto,

Que hasta su terquedad, su enojo y ceño—

Desátame este lazo—me enamoran.

EMI. Las sábanas tendí cual me mandasteis.

DES. Ya me es igual. ¡Qué loca es nuestra mente!

Si muero ántes que tú, que me amortajes

En una de esas sábanas te ruego.

EMI. ¡Disparate! Callad.

DES. Mi madre tuvo

Una doncella, Bárbara de nombre;  
 Prendóse de un infiel, que en su locura  
 La abandonó. Tal vez cantar solia  
 Una cancion del sauce; un canto antiguo,  
 Pero expresaba bien su desventura;  
 Y se murió cantándola. Esta noche  
 No puedo yo olvidar la copla aquella;  
 Y afan me cuesta el resistir la gana  
 Que siento de entonarla mustia y triste  
 Cual Bárbara solia.—Date prisa.

EMI. Iré por vuestra bata.

DES. No la quiero:  
 Desprende este alfiler. Es guapo mozo  
 El Ludovico.

EMI. A fe que es mozo lindo.

DES. Y bien hablado.

EMI. Sé de una dama de Venecia que hubiera ido  
 descalza á Palestina por lograr un beso de sus  
 labios.

DES. (Canta.)

*Al pié de un sicomoro la cuitada  
 Suspira acongojada.  
 Cantad el sauce y su verdor frondoso.  
 La sien en la rodilla, y con la mano  
 Oprime el pecho insano.  
 Cantad el sauce fúnebre y lloroso.  
 La fuente iba á su lado rebullendo,  
 Sus quejas repitiendo.  
 Cantad el sauce y su verdor frondoso.  
 Su llanto baña y mueve el duro suelo  
 A compasion y duelo.*

Ten, guárdame esto.—

*Cantad el sauce fúnebre y lloroso.*

Por Dios despacha, volverá en seguida. (Canta.)

*Tejed de verde sauce una guirnalda.  
No le culpeis, pues su desden apruebo.—*

La letra no es así.— ¡Calla! ¿Quién llama?  
EMI. El viento fué.  
DES. (Canta.)

*Le dije yo á mi amor que era inconstante.  
¿Qué contestó mi amante?  
Cantad el sauce y su verdor frondoso.  
Si de otros ojos miro en el espejo,  
Busca tú otro cortejo.*

Vé ya; felices noches. Cual me escuecen  
Los ojos; ¿si será señal de llanto?  
EMI. ¡Bah! no es señal de nada.  
DES. Así, te juro,  
Lo oí decir. ¡Los hombres, ay, los hombres!  
¿Crees en conciencia, Emilia, que hay mujeres  
Capaces de engañar á sus maridos  
De tan vil modo?

EMI. Tales hay, sin duda.  
DES. ¿Lo hicieras tú por todo el mundo, Emilia?  
EMI. ¿Pues no lo hicierais vos?  
DES. Jamás, lo juro,  
Por esa sacra luz.

EMI. Pues yo tampoco...  
Por esa luz... podría hacerlo á oscuras.  
DES. ¿Lo hicieras tú por todo el mundo?  
EMI. El mundo  
Es vasto, á fe: por culpa tan ligera  
Gran precio fuera.

DES. A fe que no lo harías.  
EMI. A fe que sí lo haría, y despues de haberlo  
hecho, lo desharia. No lo haría seguramente  
por una sortija, ni por una vara de linon, ni por  
una saya, un refajo ó una gorra; pero ¡por todo  
el mundo!... ¿pues qué mujer no haría cor-

nudo á su marido para hacerle luego monarca?  
Para eso arrostraria yo las penas del purgatorio.

DES. Pues que me maten, si por todo el mundo  
Hiciera yo á mi esposo tal agravio.

EMI. Es que el agravio no fuera agravio sino en  
la opinion del mundo; y si os dieran el mundo  
en premio de vuestro trabajo, seria un agravio  
en vuestro propio mundo, y entónces fuera fá-  
cil trocarlo en beneficio.

DES. Pues yo no creo que haya así ninguna.

EMI. Más de una y más de diez, y aún sobrarian  
Para llenar el mundo á que aspiraran.

Mas pienso que la culpa es del marido

Si peca la mujer. Si disolutos

Olvidan sus deberes, y en extraños

Senos derraman el tesoro nuestro,

O por soñados celos enojosos

En casa nos sujetan, ó nos pegan,

O en francachelas gastan nuestros bienes,

¿Qué mucho entónces que la hiel rebose

Tambien en nuestros pechos? Somos mansas,

Mas de rencor no exentas; y por eso,

Sepa el marido que la esposa tiene

Como él sentidos; ve como él y toca;

Y tiene paladar como el marido

Para gustar lo amargo y lo sabroso.

¿Pues qué procuran ellos cuando olvidan

Por otra á su mujer? ¿No es su deleite?

Así lo creo. Y la pasion ¿los hurga?

Creo que sí. ¿Los rinde su flaqueza?

A fe tambien. ¿Y acaso no tenemos

Tambien nosotras nuestros apetitõs,

Flaquezas y afecciones cual los hombres?

Pues que nos traten bien, ó de otro modo

Les hemos de imitar en eso y todo.

DES. ¡Adios, adios! Él séame propicio:

Y engendre el mal en mí, virtud, no vicio. (Vánse.)